

Predicar la palabra de la gracia en el siglo XXI

Martín Gelabert Ballester, OP

Facultad de Teología, Valencia

E-mail: mgelabert.ar@dominicos.org

Recibido: 1 de diciembre de 2015
Aceptado: 15 de diciembre de 2015

RESUMEN: Los dominicos celebran este año un jubileo por los 800 de la fundación de la Orden, calificada de “orden de predicadores” porque su carisma es la predicación, el ministerio de la Palabra. Por este motivo, hemos solicitado a uno de sus teólogos que nos ofrezca una reflexión actualizada sobre cómo debería ser hoy la predicación. El autor es bien consciente de que en la Iglesia nadie tiene la exclusiva de la predicación. Pero eso no impide que haya algunas características de la predicación que los dominicos resaltan de modo especial.

PALABRAS CLAVE: predicación, gracia, misericordia, dominicos.

Hace 800 años nació una Orden de Predicadores

Hace 800 años, el 22 de diciembre de 1216, a instancias de Domingo de Guzmán y de sus compañeros, el papa Honorio III aprobaba la “Orden de Predicadores”. Si nos situamos en el contexto de la época, esta aprobación resulta, por una parte sorprendente y, por otra, un gesto profético. Sorprendente porque ya existía una “Orden de Predicadores”, a saber, el orden de los obispos, cuya primera y principal función era y es el anuncio de la Palabra de Dios. Pero, por otra

parte, la aprobación de una “nueva” Orden de Predicadores fue un gesto profético, un modo de reconocer que la predicación que se ofrecía no era la adecuada. No toda, evidentemente. Siempre hay excepciones, tanto para lo bueno como para lo malo.

Entre los que predicaban bien había dos problemas. El más serio era la falta de comunión con la Iglesia. Era el caso de los predicadores cátaros. El otro problema era que los predicadores en comunión con la Iglesia eran pocos y actuaban de forma solitaria, sin apoyos. Santo Domingo

quiso que sus frailes vivieran austera y evangélicamente (como, al menos aparentemente, lo hacían los cátaros), para que su vida fuera coherente con la predicación; quiso además que la predicación estuviera respaldada por una comunidad, para asegurar así la continuidad y la mejor eficacia. Y todo ello en comunión con la Iglesia.

Hoy la Iglesia sigue necesitando “predicadores de la fe”

Los tiempos han cambiado. Ciertamente, hoy, como siempre, hay predicadores más preparados y otros menos; los hay cuya vida es más coherente con el evangelio que anuncian y otros que con su vida desmienten el mensaje que proclaman. Pero no cabe duda de que hoy está más claro que nunca que la predicación es un asunto eclesial, ningún grupo puede considerarse depositario de una tarea que es común a todos los cristianos: «Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»¹. Para la Iglesia anunciar el Evangelio no es algo facultativo sino una necesidad que proviene de la naturaleza misma de la fe². ¿Qué sentido tiene pues una

Orden de Predicadores, enviados a anunciar el Evangelio, cuando esta tarea es propia de todo bautizado?

Que una tarea sea propia de todo un grupo, en nuestro caso de toda la Iglesia, no quita que haya responsables personales al cuidado de dicha tarea. Para preservar los asuntos colectivos que interesan a todos y, por eso, conciernen a todos, para no correr el riesgo de que asuntos tan importantes y fundamentales terminen difuminándose en el anonimato, es preciso que algunos los cuiden de forma especial y permanente. El bautismo hace de todos y cada uno de los cristianos miembros del único cuerpo de Cristo. Pero en el cuerpo hay miembros distintos y, aunque todos contribuyen al bien del cuerpo y se apoyan unos a otros, cada uno tiene su propia especificidad.

Desde esta perspectiva, se comprende la necesidad de “los predicadores de la fe”³. Pues por la fe el ser humano se une con Dios, acoge a Cristo en su vida, «contrae una especie de matrimonio con el Señor»⁴. La Iglesia está convencida de que sin este matrimonio, sin estar, de un modo u otro, unido

¹ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 14.

² BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, nn. 93-92.

³ La expresión viene de: TOMÁS DE AQUINO, *STh* II-II, 6, 1.

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Exposición del Símbolo de los Apóstoles*, n. 1.

a Cristo, el ser humano no puede encontrar plenitud de vida. Precisamente, este convencimiento es lo que mueve a la Iglesia al anuncio del nombre de Jesucristo. De ahí la tristeza que santo Domingo sentía al ver que Cristo no era suficientemente conocido. Anunciar a Cristo se convierte así en un acto de amor, en un deseo sincero de que todos sean felices.

Todo cristiano es testigo del Evangelio. Pero el cristiano tiene muchas tareas de las que ocuparse (atender a su familia, trabajar, cuidar del buen orden de la ciudad); y el amor evangélico se despliega en muchos frentes (pobres, hambrientos, enfermos, presos y tantos otros). Por este motivo, impera la necesidad de algunos testigos para que dediquen su vida entera a anunciar el Evangelio con buenas razones, y tras anunciarlo lo expliquen para que sea más gustosamente acogido, y tras explicarlo saquen las oportunas consecuencias, para que se vea cómo tal noticia transforma todas las dimensiones de la vida y la llena de sentido. Es lo que hacen los predicadores de la fe, que dan a conocer el Evangelio a los que nunca lo han escuchado y ayudan a quienes ya lo han recibido a profundizarlo y conocerlo mejor, para vivirlo mejor.

Nadie tiene la exclusiva de la predicación

Quizás resulte oportuno hacer una pequeña digresión para aclarar que los verbos “evangelizar” y “predicar”, pueden referirse a un mismo significado; no obstante, se trata de dos conceptos que tienen matices distintos y, lo más importante, son conceptos amplios, aunque a veces se los empobrece, reduciéndolos a una sola de sus dimensiones. El primer sentido de “evangelizar” es predicar la fe cristiana, y el primer sentido de “predicar” es propagar esa misma fe por medio de la palabra. Desde este punto de vista, son dos verbos intercambiables. Pero ni la evangelización se reduce a la predicación, ni la predicación se reduce a la transmisión por la palabra.

La evangelización es «una realidad rica, compleja y dinámica»⁵, que comporta «predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa»⁶, y también «transformar desde dentro, renovar a la humanidad»⁷ con el influjo de la

⁵ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 17.

⁶ *Ibid.*, n. 14.

⁷ *Ibid.*, n. 18. Cf. MARTÍN GELABERT, “Evangelización y dignidad humana”, en *Razón y Fe* 1229 (2001), 257-268.

Buena Nueva. Por su parte, la predicación, que es un elemento decisivo de la evangelización, pone el acento en el anuncio del Evangelio, aunque no se limita a una transmisión verbal. Además de con la palabra se puede predicar por medio del escrito; y también con el ejemplo, si bien el ejemplo siempre termina requiriendo de una palabra que explique su sentido.

“El signo de identidad, el código genético para los miembros de la Orden, de la Familia Dominicana es: la predicación para la salvación de la humanidad, el ministerio de la Palabra, la misión evangelizadora”. Así define el Capítulo General de Roma (año 2010) el carisma de los dominicos. Pero esto no significa que las dominicas y los dominicos tengan la exclusiva de la predicación. El Concilio Vaticano II recordó que «los presbíteros, como cooperadores que son de los Obispos, tienen por deber primero el de anunciar a todos el Evangelio de Dios»⁸. También los laicos, en virtud de su gracia bautismal, que les hace partícipes del ministerio profético de Cristo, tienen el derecho y la obligación de «anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes, para llevarlos a la fe; ya a los fieles, para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a ma-

yor fervor de vida... En el corazón de todos deben resonar aquellas palabras del Apóstol: “¡Ay de mí si no evangelizare!” (1Cor 9,16)»⁹.

Nadie está eximido de la obligación de anunciar el Evangelio. Los presbíteros lo hacen en virtud de su ministerio, y se preparan para que su predicación sea competente. Los laicos lo hacen en virtud de su bautismo, aunque en ocasiones reciben una misión eclesial y adquieren la necesaria competencia para ser profesores de teología y dar clases de religión, para impartir catequesis o incluso para explicar la Palabra de Dios en grupos o asambleas cristianas.

Esta multitud de carismas y de ministerios eclesiales al servicio del anuncio de la Palabra no puede conducir, de ningún modo, a la rivalidad. El de la predicación es un campo en el que todos somos servidores y en el que todos ganamos cuando otro triunfa. Si emulación hay, es una mutua emulación para el bien. No puede anunciarse el Evangelio desde la rivalidad, porque el mismo hecho de rivalizar desmiente la bondad de lo anunciado. La colaboración y la comunión, por el contrario, refuerzan lo predicado.

⁸ PABLO VI, *Presbyterorum Ordinis*, n. 4.

⁹ PABLO VI, *Apostolicam Actuositatem*, n. 6c. Cf. JUAN PABLO II, *Christifideles Laicis*, n. 33.

La Orden de Predicadores, con una experiencia de 800 años, con sus luces y sus sombras, puede ofrecer algunas orientaciones de cara a la predicación, aunque también tenga necesidad de aprender continuamente. 800 años son una pequeña garantía de estabilidad y de buen hacer. Hay algunas características de la predicación que, en esta Orden, han sido realizadas de forma especial y que, de alguna manera, se han convertido en elementos configuradores de un estilo.

A partir de ahora quisiera exponer algunas características de toda predicación haciendo notar, cuando sea oportuno, los acentos que los dominicos consideran más suyos (aclaro, una vez más, que este “suyo” también es un “de todos”).

La predicación, palabra que brota de una escucha previa

El predicador es un testigo, no es un profesor. El profesor puede explicar perfectamente una doctrina o una teoría, y hasta resultar convincente, estando en completo desacuerdo con ella. El testigo, por el contrario, está implicado en lo que explica, no es solo un buen orador. El testigo transmite una noticia que antes le ha afectado personalmente, más aún, que le ha cambiado, le ha transforma-

do. «Quien quiera predicar –dice el papa Francisco–, debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne de su existencia concreta»¹⁰. Y añade, citando a Tomás de Aquino: «De esta manera, la predicación consistirá en esta actividad tan intensa y fecunda que es comunicar a otros lo que uno ha contemplado»¹¹. Condición ineludible de todo testimonio de Jesucristo es un encuentro previo con Jesucristo.

La Iglesia antes de anunciar la Palabra, y para poder hacerlo, debe primero escucharla devotamente, obedeciendo a aquellas palabras del apóstol Juan: «Os anunciamos lo que hemos visto y oído» (1 Jn 1,3)¹². La Palabra solo puede escucharse en un clima de fe y oración. La escucha de la Palabra, en la celebración litúrgica y en el diálogo de la oración, ocupa un lugar central en la vida de todo predicador, ya que así acontece un conocimiento personal e íntimo con el Señor. Sin este acercamien-

¹⁰ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, n. 259.

¹¹ «De la plenitud de la contemplación derivan la enseñanza y la predicación... Así como es más perfecto iluminar que lucir, así es más perfecto comunicar a otros lo contemplado que contemplar exclusivamente». Cf. TOMÁS DE AQUINO, *STh* II-II, 188, 6.

¹² Cf. VATICANO II, *Dei Verbum*, n. 1.

to personal, Cristo se convierte en tema y deja de ser persona. Anunciamos entonces una doctrina (con el peligro de ideología que conlleva), no invitamos a un encuentro personal. Solo si previamente nos hemos encontrado personalmente con Dios, podemos hablar de Dios.

Además de escuchar primero y principalmente a la Palabra de Dios, el predicador debe conocer a los destinatarios de su predicación. Para conocerlos hay que escucharlos. Por eso, antes de hablar, el predicador pregunta como el misterioso personaje a los discípulos de Emaús: de qué hablabais por el camino, cuáles son vuestras preocupaciones, vuestras inquietudes, vuestros problemas. Así nos ponemos en sintonía con el destinatario de la Palabra. Nuestra predicación es muy distinta cuando antes hemos escuchado que cuando empezamos nuestro discurso desde la teoría o la doctrina preestablecida. No porque no tenga importancia la doctrina, sino porque se presenta con unas modulaciones y unos matices si antes se conoce al destinatario y a sus problemas.

Por el respeto que merece la Palabra, porque siempre nos llega a través de mediaciones, a través de palabras dichas y escritas por otros, no siempre claras ni fáciles

de interpretar¹³, por la complejidad de los problemas que debe iluminar, por las distintas culturas en las que debe encarnarse, la predicación no puede improvisarse. Se comprende así que el estudio sea un elemento necesario para que la predicación esté a la altura de lo que requiere la Palabra anunciada. El estudio por una parte permite comprender mejor la Palabra y, por otra, evita los errores que son frecuentes en aquellos que no conocen las Escrituras¹⁴.

Además, dada la diversidad de situaciones en que viven las personas que deben ser evangelizadas, el estudio permite transmitir mejor la Palabra. Esta diversidad de situaciones hace que el estudio debe dirigirse no solo a la Escritura, sino al conocimiento y a la comprensión de los signos de los tiempos junto a la escucha previa de aquellos a quienes debe anunciarse la Palabra.

El estudio de la teología es un elemento necesario de la contemplación de la Palabra que debe ser luego anunciada. La teología es una prolongación de la oración, una exigencia natural de la fe (que

¹³ «Ahora nuestra contemplación es imperfecta». Solo será perfecta en la vida futura. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *STh* II-II, 180, 4.

¹⁴ Cf. *Ibid.*, 188, 5.

quiere ser comprendida), y mientras no nos convenzamos de esto, seguiremos ofreciendo palabras piadosas con poco contenido y poca capacidad de maduración. Es frecuente la queja por la falta de diálogo de la fe con la cultura. Pues bien, este diálogo comienza con un buen conocimiento de la teología. La palabra de la predicación madura a las personas, colabora a que la gente tenga su propio criterio y pueda asumir sus propias responsabilidades. Una palabra que infantiliza, adormece, acalla los problemas y busca gente sumisa. Será cualquier cosa menos la palabra de la predicación.

Predicadores de la gracia

Si el Evangelio es una Buena Noticia, la predicación debe resultar estimulante y sus contenidos deben ser enormemente positivos. Pues hay modos de presentar la fe que destruyen la esperanza. Hay verdades que por su modo de presentarse parecen temibles y se hacen odiosas. Así ocurre cuando se acentúa el temor a la condenación y la dificultad de la salvación. O cuando el acento se pone en lo que Dios exige del ser humano y no en lo que Dios prepara para el hombre. A santo Domingo se le califica de “predicador de la gracia”. La positividad, o lo que podríamos

llamar “cultura de la gracia” es configurativa en la predicación dominicana.

Predicar la gracia es anunciar que Dios ama al ser humano. La predicación no puede convertirse en un discurso moralizante y el evangelio presentarse como un deber, en vez de una posibilidad de vida nueva. Sin duda, el anuncio de la gracia tiene consecuencias vitales y morales. Pero estas deben aparecer como lo que son: consecuencias de una conversión, de un encuentro con el Señor. Lo fundamental es el encuentro. No se trata de minusvalorar la moral en la vida cristiana. Pero sí se trata de notar que hay modos de presentarla más o menos coherentes con la predicación de la gracia. Si hoy, pongamos por caso, la Iglesia condena el uso de productos que supuestamente evitan contagios y enfermedades, el argumento para defender lo inaceptable del uso de estos productos no puede basarse en amenazas sobre su poca fiabilidad, sino en su incompatibilidad con una vida evangélica.

Predicar la gracia es ir a lo esencial del mensaje, destacar lo central, lo que ilumina todo lo demás, aquello sin lo cual lo demás no tiene sentido. Lo central es «responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para

buscar el bien de todos»¹⁵. Desgraciadamente, en ocasiones, la predicación se convierte en un discurso piadoso sobre ángeles, santos, vírgenes y milagros; o en un discurso mágico sobre poderes de velas, rosarios y sacrificios; o en un discurso sobre moral sexual; y la Palabra de Dios o el nombre de Jesucristo no aparecen o aparecen muy marginalmente.

Relacionado con la predicación de la gracia hay un aspecto muy importante referido al anuncio del Evangelio en la sociedad secular, esa sociedad en la que Dios parece que ya no juega ningún papel y que, a veces, se muestra beligerante contra la religión y lo religioso. Lo fácil es condenar al mundo moderno. Lo difícil, pero necesario, es dialogar con él. Y para ello habrá que comenzar por reconocer los aspectos positivos que también hay en la cultura, en la mentalidad y en los modos modernos de vivir y organizarse. A este respecto me parece muy acertado lo que propugna Felicísimo Martínez:

«Si la predicación parte de la demonización y condenación de la cultura secular, está asegurada su fracaso. Hoy conviene tener muy en cuenta las sabias reflexiones de santo Tomás: “Es imposible encontrar en las cosas

algo que esté totalmente privado de bien. De igual modo, también es imposible que exista un conocimiento totalmente falso sin mezcla de verdad”. Y remacha su convicción afirmando que hasta lo que los demonios dicen de verdadero sólo puede proceder del Espíritu Santo. ¡Excelentes afirmaciones para los predicadores en la cultura secular! Ayudan a pensar que la bondad y la verdad habitan también esta cultura, y que cuanto en ella hay de bondad, de belleza y de verdad sólo puede proceder del Espíritu Santo, aunque sea a través de mediaciones humanas. Hay en la cultura secular “muchas semillas del Verbo”»¹⁶.

Una cosa más. Cuando hablamos de predicación de la gracia importan muchos los contenidos, pero también las formas. En efecto, predicar la gracia debe hacerse gratis. San Pablo dice que predica el Evangelio de balde (cf. 2 Tes 3,8), gratuitamente (cf. 1 Cor 9,18; 2 Cor 11,7), sin usar el derecho a cobrar que le da la predicación de la buena noticia. Precisamente porque el Evangelio es lo más valioso, no tiene precio. Con la predicación suce-

¹⁵ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, n. 39.

¹⁶ FELICÍSIMO MARTÍNEZ DÍEZ, *Ve y predica. La predicación dominicana en el siglo XIII y en el siglo XXI*, Edibesa, Madrid 2015, 354. Los textos de Tomás de Aquino se encuentran en: *STh*, II-II, 172, 6.

de como con el amor: si alguien quisiera comprarlo con todos los bienes de su casa, se haría despreciable (cf. Ct 8,7). Lo que se puede comprar con dinero o es barato o no vale nada. Lo que no tiene precio es lo más valioso. El signo de este gran valor es la gratuidad con que se ofrece.

Predicadores de la misericordia

La misericordia es una importante manifestación de la gracia. Cuando el amor gratuito e incondicional no es bien acogido, entonces la fuerza del amor se manifiesta en forma de perdón. La misericordia apunta a un amor incondicional que, por ser incondicional, es capaz de vencer todos los obstáculos que el ser humano pueda oponerle. La misericordia es expresión del corazón amante de Dios que perdona los pecados y se hace presente en todos los infiernos. Pero el anuncio de la misericordia tiene también repercusiones sociales y muestra su verdad en nuestro comportamiento con el prójimo necesitado.

Domingo de Guzmán era una persona misericordiosa que creyó en un Dios misericordioso. Esta misericordia se manifestó en una doble dirección: por una parte, en su compasión por los pobres, por

los que sufren y por los necesitados, ayudándoles con sus propios bienes. Y por otra, en su oración por los pecadores, hasta el punto de que, según sus biógrafos, también oró por los condenados en el infierno, lo que podría entenderse como una expresión límite que une al orante con un Dios cuya misericordia no excluye a nadie.

También hoy la predicación de la misericordia debe desplegarse en esta doble dirección: en primer lugar, solidaridad efectiva y eficaz con todos los necesitados y los marginados de la sociedad, por medio de un serio compromiso por la justicia. Pero también, anuncio de un Dios con el que siempre es posible “volver a empezar”. La misericordia siempre despierta la esperanza y mueve a la acción de gracias. Esperanza para “el aquí y el ahora”, dando sentido y ofreciendo razones para vivir; y esperanza en una salvación definitiva que solo Dios puede otorgar. La acción de gracias es la prueba de que la misericordia ha sido bien acogida y comprendida.

El anuncio de la misericordia, de ningún modo, puede entenderse como una gracia barata. Es más bien una manifestación de la grandeza de la gracia porque nos mueve a compartir nuestros bienes con los necesitados, a socorrer a los indigentes, a comprometer nuestra

vida a favor de la justicia, de la paz y del entendimiento entre las personas. Y no es barata, porque la misericordia es la mejor manifestación del poder de Dios. En efecto, tiene poder quien consigue lo que quiere. Dios manifiesta, especialmente, su poder con el perdón y la misericordia porque perdonando los pecados y teniendo misericordia de todos logra lo que pretende, que es la salvación de todos y cada uno de los hombres.

Quien interprete la misericordia como una gracia barata no solo no ha entendido nada del amor, sino que entra en la peligrosa dinámica de despreciarlo y, por tanto, de rechazarlo.

El predicador ofrece contenidos

En algunos grupos marginales y, en menor medida, dentro de las grandes Iglesias, se da una predicación que enardece el corazón pero no ilumina la inteligencia. Más aún, el pensamiento es considerado casi como un obstáculo para acoger el Evangelio. El pastor, predicador o catequista comienza contando la propia experiencia de su sorprendente y fulminante conversión (“yo estaba metido en la droga y el Señor me sacó”), debida a una inspiración espiritual o a una predicación similar a la que

él está haciendo. Después enardece a un público entregado, ansioso y necesitado, con fórmulas breves que parecen tener efectos casi mágicos, del estilo “Jesús te salva” o “Jesús murió por tus pecados”, sin que importe demasiado aclarar del todo quién es ese Jesús o qué se entiende por pecado. Todo ello acompañado de cantos apropiados.

En este tipo de predicación no se admiten preguntas y, si por excepción, alguna se formula, se ofrece una explicación tajante, que no acepta réplica. Una explicación que parece clara: “El Señor te está hablando en este acontecimiento, te pone a prueba para comprobar tu fidelidad”. Y a continuación se ofrecen soluciones seguras: la oración todo lo arregla. Por no hablar de las limosnas que, so capa del beneficio a la Iglesia, a sus obras y a sus pobres, terminan siendo administradas por el predicador. Estas explicaciones y soluciones prueban todo y sirven para todo, y por eso ni prueban nada ni sirven para nada.

Cuando uno regresa a sus rutinas, a las preocupaciones de cada día, a lo prosaico de la vida, a los problemas que siguen estando ahí, cuando con el tiempo uno se hace preguntas sobre la verdadera eficacia de la oración, cuando uno descubre que Jesús es un salvador exigente, comprometido

do y comprometedor, que nos llama a la responsabilidad fraterna y al amor también a los enemigos, o cuando se cae en la cuenta de que la Escritura no es un recetario o un devocionario piadoso, sino un libro complejo y lleno de tensiones, cuando incluso descubre que los pastores no son tan santos como parecen, entonces puede ocurrir que de aquel corazón caliente ya no quede nada. Solo una mente iluminada puede ofrecer respuestas y mantener el ánimo en medio de las crisis y las dificultades. De ahí, la necesidad de una predicación con contenido.

Hacer exhortaciones piadosas, repetir siempre las mismas fórmulas o condenar basándose en apariencias, es fácil. Lo difícil es ver las necesidades de las personas detrás de sus reacciones a veces desconcertantes. Lo difícil es iluminar la mente y no solo calentar el corazón; ofrecer una predicación ilusionante, positiva, fundamentada en el evangelio, que tenga en cuenta las necesidades de los hombres de hoy, que responda a sus problemas, a sus inquietudes y a sus búsquedas de sentido. De nuevo entra en juego aquí el papel del estudio y la necesidad de predicadores preparados, con espíritu crítico, con conocimiento del Evangelio y de la tradición eclesial, conocimiento también de la cultura contempo-

ránea, y con capacidad de distinguir y de discernir. Solo el estudio permite una adaptación fiel. Solo el estudio permite una renovación de nuestro lenguaje y de nuestros esquemas lo que permite el diálogo con la cultura y con las otras religiones.

Más aún, si la primera predicación, que es una oferta del kerigma, una presentación de Dios que nos salva en Jesucristo, si esta predicación ha sido bien acogida, enseguida resultará insuficiente, pues provocará una serie de preguntas y moverá a la inteligencia y al corazón del oyente a la búsqueda de un mejor conocimiento. Solo el estudio de la teología puede responder a estas preguntas y ayudar a profundizar en el conocimiento del Dios descubierto como sumamente amable.

El predicador es un sembrador, no necesariamente un segador

La predicación es una tarea apasionante, pero no es fácil. En ocasiones, no aparecen los resultados esperados. ¿Esto significa que no es eficaz? De ningún modo. Significa que los resultados aparecen cuando menos se espera, en la hora de Dios, en el momento en que Dios los haga eficaces.

Cuando preguntamos por la eficacia de la evangelización no

podemos pensar en resultados inmediatos o deslumbrantes. Los resultados pueden venir a corto o a largo plazo. Pero lo lógico es que sean a largo plazo porque la auténtica conversión requiere tiempo, implica desprenderse de muchas ideas y actitudes. Es un cambio radical de vida. La fe cristiana necesita tiempo para madurar. Jesús nos pone en guardia contra nuestras impaciencias, a veces calificadas de “santas”. No quiere que se arranque la cizaña antes de hora, como pretenden sus discípulos. Hay que dar tiempo al crecimiento. Solo en la hora final será posible la siega y la separación (cf. Mt 13, 24-30). Por eso, los frutos de su trabajo puede recogerlos el predicador o puede no ver la cosecha. Una es el sembrador y otro el segador (cf. Jn 4, 37).

Como muy bien expresa el Papa Francisco no debemos obsesionarnos por los resultados inmediatos.

Tenemos que estar prestos a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad¹⁷. Pero hay más: tenemos que saber que Dios puede actuar en medio de aparentes fracasos. La fecundidad es muchas veces invisible,

«no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo... A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo que escapa a toda medida. Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos»¹⁸. ■

¹⁷ Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, n. 223.

¹⁸ *Ibid.*, n. 279.